

La campaña increíble



JUAN ANTONIO BORREGO

Aquella “larga e insolente” carta que le llevaron hasta el campamento de Paredes a mediados de octubre de 1958, todavía en zona llana, conminándolo a detener la marcha y explicar muy bien las razones que lo traían hasta el Escambray, tiene que haberle provocado al Che Guevara el mismo sinsabor que sintió Máximo Gómez cuando Marcos García y los demás regionalistas del centro del país lo echaron de Las Villas, quizás en los días más tristes de la llamada Guerra Grande.

La misiva estaba firmada por el comandante Jesús Carrera, del Segundo Frente del Escambray, uno de los hombres cercanos a Eloy Gutiérrez Menoyo, el jefe del destacamento guerrillero más numeroso y mejor armado de la zona, y en buena medida resumía las deformaciones congénitas que minaban a una parte importante de las fuerzas que combatían o decían combatir a la dictadura de Fulgencio Batista en esta parte de la isla.

“Todo amenazaba tormenta”, escribió el Che en esclarecedor artículo publicado en la revista *Verde Olivo* el 12 de febrero de 1961, al recordar sus primeras horas en las montañas espinosas, cuando descubrió en su campamento, cerca de la Loma del Obispo, que los zapatos gestionados por el Movimiento 26 de Julio (M-26-7), que esperaban calzar los pies destrozados de los invasores, fueron interceptados y literalmente robados por el Segundo Frente.

Tras 45 días de marcha inclemente por la costa sur cubana, asediados por el enemigo, los ciclones, el hambre, la sed y el cansancio, el Che Guevara y su columna invasora —aquel “ejército de sombras”, como él mismo la definió— no encontraron en el lomerío villareño el oasis que tanto necesitaban.

“Logramos mantenernos serenos —reseñó el argentino—, conversar con algún capitán, del que luego nos enteramos que había asesinado cuatro combatientes del pueblo que quisieron ir a ocupar su lugar en las filas revolucionarias del 26 de Julio abandonando el Segundo Fren-

Apenas llegó al lomerío villareño a mediados de octubre de 1958, el Che Guevara desplegó una febril actividad política y militar que dio al traste con la inacción existente en la zona hasta ese momento, la falta de unidad y las contradicciones a veces antagónicas entre los grupos rebeldes



En cuestión de días el Che Guevara recorrió cientos de kilómetros y contactó con los grupos rebeldes establecidos en el Escambray. /Foto: Tirso Martínez

te, y tuvimos una entrevista, inamistosa pero no borrascosa, con el Comandante Carrera”.

El susodicho comandante, que luego terminaría en las filas del banditismo como otros tantos del Segundo Frente, había hecho colgar un papel en su campamento con una advertencia insultante: “Se prohíbe la entrada

de toda persona ajena al Segundo Frente en el territorio ocupado por este. En la primera ocasión serán advertidos, o en caso de reincidencia expulsados o exterminados”.

“Personalmente no fue tan grosero como en su misiva de días anteriores, pero se adivinaba un enemigo”, escribió el Che sobre el encuentro, ocasión en que, como casi siempre, Carreras “había ingerido ya la mitad de una botella de licor, que era también aproximadamente la mitad de su cuota diaria”, precisó Guevara.

UN FRENTE SUBVERSIVO

La altanería, el abuso con los campesinos, la inactividad combativa y la siembra permanente de la desunión entre los luchadores que enfrentaban la tiranía en la región central eran solo algunas de las facetas de la jefatura del denominado Segundo Frente del Escambray, donde además de Eloy Gutiérrez Menoyo y Jesús Carrera, militaban, entre otros, Armando Fleites, Genaro Arroyo, Luis Vargas y William Morgan, este último de origen norteamericano.

La dirección de esta fuerza no ocultaba su desprecio por los comunistas —Morgan alardeaba de que en su país se dedicaba a perseguirlos— y era enemiga de llevar a cabo una reforma agraria profunda, pero por confusión, ingenuidad política o porque en un inicio no había otra guerrilla en la zona donde refugiarse, hasta su seno habían ido a parar no pocos luchadores valiosos.

Como la directiva del Segundo Frente había dividido el Escambray en una suerte de cuarterones, cuando el Che planteó la idea de tomar Güinía de Miranda le respondieron que el pueblo estaba en territorio suyo; Guevara argumentó que la zona era de todos, que había que luchar y que el contingente llegado desde

la Sierra Maestra tenía más y mejores armas.

Fue entonces cuando el Segundo Frente acudió a una tesis inesperada: la bazuca con la que el Che pretendía destruir el cuartel equivalía a 200 escopetas y 200 escopetas podían abrir el mismo hueco que la bazuca, una ecuación —acaso un vulgar retruécano— que sin embargo no habían aplicado, a pesar de que Güinía de Miranda estaba en medio del lomerío, casi como una burla a los insurrectos que poblaban la cordillera.

Con su fina ironía y sentido del humor, el Che encontró un apelativo para bautizar a aquellos extraños luchadores: los “comevacas”, término que resumía la actividad del grupo guerrillero, que primero había roto con los combatientes del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y después, con las fuerzas del M-26-7 encabezadas por el comandante Víctor Bordón y se había especializado en poner zancadillas a quienes subían a las lomas con intenciones de pelear contra la tiranía.

Como “un pecado de la Revolución” calificó Ernesto Guevara todas las concesiones hechas en nombre de la unidad al Segundo Frente, una fuerza que durante la guerra nunca aceptó subordinarse ni luchar junto a quienes de verdad daban la cara, pero que llegado el Primero de Enero de 1959 se montó en el tren de la victoria y no paró hasta el hotel Capri, donde enseguida su jefatura engordó la primera cuenta: 15 000 pesos en comida y bebida para un reducido número de aprovechados, según relató el Che.

A PUNTA DE PISTOLA

Muchos años después de haber tomado la decisión más importante de su vida, el coronel Marcelo Martínez seguía abrazado a la misma certeza que descubrió en octubre de 1958 cuando por primera vez miró a los ojos de Ernesto Guevara: “Si el Che no llega al Escambray



El Che y Bordón durante la toma de Cabaiguán.